

XXI CONCURSO LITERARIO

PRIMER PREMIO RELATOS

Título:

ACTUAR ANTES DE PENSAR

Autor:

LEIRE VALLE OSORIO

*Asociación de Andalucía “Semblante Andaluz”



Me miró a los ojos y me preguntó si tenía algo que contarle. Mierda. Mierda, mierda y mierda. Se había enterado. Qué vergüenza, esa era la sensación. Vergüenza. Mi hermano. La persona más importante de mi vida. En ese momento me sentía el hombre más despreciable y ruin del planeta.

- ¡¿Seguro que no tienes nada que contarme?!

Y entonces vino el primer puñetazo. Ni siquiera me dolió. Incluso fue sanador. Me lo merecía. Me lo había ganado a pulso. Repitió la pregunta. No sabía qué contestar. No sabía dónde meterme.

- ¿Qué pasa Marcos? – le pregunté a nuestro amigo con el labio temblando. Marcos estaba ahí, sentado a su lado mirando cómo ocurría todo, pero sin meterse. Fue una forma de preguntarle si me había traicionado y se lo había contado. Aunque el único traidor ahí era yo.



Segundo puñetazo. Este sí que me dolió. Pero me dolía más que fuese él quien me lo estaba dando. La persona que me había sacado la cara siempre y que nunca había dejado que me pusiesen una mano encima. Me fui corriendo. Sí, soy un auténtico cobarde. No he sabido dar la cara nunca ni era capaz de darla en ese momento. Mi vida era una constante huida de los problemas. Nunca había sido capaz de afrontar mis errores y solucionarlos. Prefería actuar así, por lo menos, se me hacía más fácil.

Era la forma de reconciliarse, se suponía que ese viaje iba a solucionar todos sus problemas de pareja. Llevaban ya muchas idas y venidas y esta era otra de las muchas oportunidades que se daban para sacar adelante una relación que ya estaba rota hacía mucho. Yo, cómo no, les acerqué a la estación y me despedí de ellos. En cuanto los perdí de vista me vino de nuevo esa sensación. Fui al baño corriendo y me senté en la taza. Me costaba respirar, veía todo borroso, no era capaz de controlar mi cuerpo. Me caían gotas de sudor frío por la frente. Y otra vez vino a mi mente la maldita pregunta, ¿me merecía la pena? Y otra vez la maldita respuesta: no.

Lucas y yo llevábamos desde enanos queriendo hacer un viaje juntos. Ese viaje. El baloncesto nos unió cuando éramos pequeños y el baloncesto nos había convertido en hermanos de por vida. No había día que no pasásemos por la cancha, aunque fuese una horita. Otros podíamos tirarnos horas seguidas jugando. Lo compartíamos todo. Era la única persona en el mundo con la que podía ser yo mismo, la única persona que me había visto llorar de verdad y la única que conocía cada una de mis debilidades. Habríamos matado el uno por el otro. Pero un puñetero otoño de 2016 Lucas conoció a Marga. Ella era la típica

chica rubia graciosa y divertida. Era resultona y con una sonrisa que contagiaba a cualquiera. Se les veía felices. Ella le hacía feliz y mejor persona. Lucas empezó a dejar los porros y a centrarse un poco en su vida. Parecía que Marga había conseguido encajar las piezas del puzzle que él solo no conseguía. Pero en seguida la relación se llenó de discusiones, faltas de respeto y enfados que cada vez duraban más. Siempre terminaban solucionándolo, pero pronto volvían a la misma mierda. Yo había hablado del tema hasta con José, el padre de Lucas, que tampoco estaba muy convencido de que esa relación fuese lo mejor para su hijo. Ambos compartíamos que era muy tóxica. La verdad es que Lucas pasaba más tiempo llorando que riendo. Era algo que no compartía con la mayoría de la gente, pero conmigo sí. A mí me llamaba cuando realmente estaba hecho polvo. Yo me había pasado noches enteras en su cama hablando con él, diciéndole que todo se solucionaría, aunque en el fondo sabía que no. Ese viaje fue la última oportunidad que se daban para ver si realmente la relación tenía sentido.

Esos cuatro días en Lisboa fueron mágicos. Lucas volvió más feliz que nunca. Lo primero que me dijo nada más verme fue que sabía que era la mujer de su vida, la madre de sus hijos. Nosotros no somos de decirnos ese tipo de ñoñadas, pero es que ese viaje le devolvió la ilusión del principio. Por fin veía de nuevo a mi amigo. Esa misma noche decidimos que había llegado el momento, que teníamos que hacer nuestro soñado viaje a Los Ángeles. Iríamos juntos a disfrutar de un partido de los Lakers en persona. Podríamos ver a LeBron James en carne y hueso. Era una fantasía hecha realidad. Nos pasamos todo el invierno trabajando, metimos los dos más horas que nunca. Entrenamos a cuatro equipos a la vez y Lucas también se metió a trabajar en un bar por las noches. El pobre acababa agotado y salía casi sin fuerzas. Trabaja-



ba también los fines de semana y no tenía casi tiempo para Marga. Lo que los llevó de nuevo a las discusiones de siempre. Ella volvía a dejarle para volver con él al día siguiente y le mareaba continuamente con que no estaba segura de lo que quería. Una de las veces, Marga se lió con otro chico. Eso lo destrozó por dentro. Hicieron falta muchas noches en vela escuchando a mi amigo para que superase aquel golpe. Juró que nunca volvería con ella. Mientras con el resto del mundo fingía que le daba igual, a mí me tocaba la realidad, estaba roto. Dejé el trabajo durante un tiempo. Prácticamente no salía de casa. Nuestro plan del viaje había pasado a un segundo plano.

Pero meses más tarde, él la perdonó. Cometió el grandísimo error de perdonar una infidelidad. Pero volvió a ser el mismo de siempre. Volvió a sonreír, a salir de casa, volvió a la cancha y retomó el curro en el bar y con los chavales. Entonces nuestro viaje a Los Ángeles volvió a plantearse, esta vez parecía que la cosa iba más en serio. La felicidad de Lucas dependía demasiado de ella, eso era algo que yo ya le había dicho muchas veces, pero en ese momento prefería ver a mi amigo contento. Planeamos el viaje a Los Ángeles, lo organizamos todo, cogimos los billetes y reservamos hostales para los primeros días,



después ya nos buscaríamos la vida una vez estuviésemos allí. Y entre visados y papeleo llegó el momento. Ese viaje fue un sueño. Mi mejor amigo, el baloncesto y Los Ángeles. Las mejores dos semanas de mi vida. Pero, además, nos unió más que nunca. Habíamos hecho más viajes juntos, pero nunca tantos días los dos solos. Nos confesamos cosas que no nos habíamos contado nunca y nos dijimos lo importantes que éramos el uno para el otro. Parecíamos una pareja de gays más que dos amigos. Me di cuenta de que Lucas había sufrido muchísimo por Marga. Más incluso de lo que yo creía, si es que era posible. En ese viaje me di cuenta de que tenía un verdadero amigo a mi lado y que no podía perderlo por nada del mundo. Era una persona que lo había dado todo por mí y que lo seguiría haciendo siempre, sin pedir nada a cambio.

Pero entonces llegó ese maldito día. Estábamos todos los amigos haciendo una barbacoa en mi casa, como muchos sábados. Mis padres solían irse muchos fines de semana y nosotros aprovechábamos la casa libre. Vinieron Marga y sus amigas a cenar también. Había bebido mucho y fumado mucha hierba. De repente fui consciente de que el panorama se me estaba yendo de las manos. Había gente tomando copas en el cuarto de mis padres, unos haciendo a saber qué en el baño y otros cuantos se habían encargado de poner el sofá que daba gusto. Me agobié y eché a todo el mundo de mi casa. Las formas no fueron las más correctas, pero sí, iba como una cuba. Cogí el coche y llevé a las chicas a su casa, los demás tenían forma de marcharse. Maldito momento en el que me porté así con mis amigos. Justo cuando acababa de dejar a las chicas en sus casas me llamó Lucas.

- Ey, estamos en la plaza, ¿te vienes?

- Venga, voy para ahí.

Le noté raro. No sé explicar exactamente por qué,

pero le noté raro. Sin darle muchas vueltas fui a la plaza. Nada más llegar y ver el panorama supe que algo no iba bien. En ese momento solo deseé con todas mis fuerzas que estos no le hubiesen contado nada a Lucas.

Pero desearlo no fue suficiente. Lucas me preguntó si tenía algo que contarle. Mi mente estaba paralizada en ese momento. Solo pensaba en que no podía perderle. A él no. Ni siquiera me dolió el puñetazo que me dio. Le pregunté a Marcos qué pasaba en busca de una respuesta. Necesitaba saber qué era lo que le habían contado. El segundo puñetazo me dolió más. Solo me salían lágrimas. Me sentía perdido y acorralado. No sabía qué hacer. Tenía un nudo en el estómago y el corazón me dolía. Por qué, por qué, y por qué. Por qué soy tan miserable. Era lo único que podía pensar. Eché a correr. Era incapaz de darle una respuesta y hubiese dejado que me matase a puños si me quedaba ahí. No tuve la valentía que hay que tener para dar la cara cuando traicionas a tu más fiel compañero. No dormí en toda la noche. Solo pensaba en qué podía decir que suavizase un poco el problema. Nada. Le había traicionado. Yo, su mejor amigo, su hermano. El que le había apoyado cada noche que él había estado sufriendo. Tenía que excusarme, pero tampoco podía contarle todo, no era capaz. Puede que escribiese el mensaje unas mil veces, y al final lo envié:

“Solo ocurrió en ese viaje y fue cosa de una noche. Habíais discutido y ella vino a mi habitación buscando consuelo. Llevabais apenas tres meses y de verdad que no sé cómo pudo pasar, pero ocurrió. Debí de habértelo contado hace mucho pero nunca tuve el valor para hacerlo. Espero que esto no pueda con nosotros. No puedo perderte. Te quiero, hermano.”

El mayor error de mi vida fue traicionar a mi mejor amigo. El segundo, no ser capaz de dar la cara durante tanto tiempo. Y el tercero fue excusarme sin haberme enterado primero del motivo de su enfado.

